



# Andando por fe, no por vista

Un sermón de George Müller de Bristol

“Por fe andamos, no por vista” (2ª Corintios 5:7)

Mientras el hijo de Dios está en el mundo, no tiene en posesión real lo que tendrá cuando esté con el Señor, y especialmente, lo que tendrá después del regreso del Señor Jesús; todavía no es lo que entonces será; no ve lo que luego verá. Pero mientras todavía estamos en debilidad, mientras estamos en el cuerpo, en relativa ignorancia, y todavía tenemos que luchar contra poderosos enemigos, a Dios le ha placido darnos una revelación de sí mismo en las Sagradas Escrituras, para que sea nuestra regla de acción, para consolarnos y animarnos, para darse a conocer a nosotros, para dar a conocer al Señor Jesús a nosotros, para hablarnos de la bienaventuranza del mundo venidero, para mostrarnos el camino a la casa del Padre, y para revelarnos la vanidad de todo lo que este mundo presente puede dar. Esta Palabra de Dios, la revelación que Él ha hecho de sí mismo, debe ser acreditada, recibida plenamente, con la sencillez de un niño; y, al hacerlo, las realidades celestiales se vuelven cosas presentes para nosotros por la fe. No tenemos que juzgar sintiendo, viendo, razonando, sino creyendo, es decir, ejerciendo fe en lo que Dios dice; y así tenemos que regular nuestros caminos y nuestras acciones, así nuestras alegrías y tristezas.

Dios no es visto por el ojo natural, pero tenemos que procurar verlo, y ponerlo ante nosotros diariamente, cada hora, cada momento, por la fe; y traerlo y mantenerlo cerca de nosotros por la fe. La presencia de Dios, la presencia habitual de Dios, porque creemos que Él nos ve y nos escucha continuamente, tiene que regular nuestra vida. Tenemos que vivir en este mundo como lo harían aquellos que ejercen fe en la verdad de que su Padre celestial es continuamente su Proveedor, su Protector, su Ayudador, su Amigo; que Él está siempre cerca de ellos, que Él es un muro de fuego alrededor de ellos continuamente. Si el hijo de Dios tratara así a Dios, ejerciera fe en Él, lo mirara prácticamente como el Dios viviente siempre cerca de él, ¡cuán pacífica y felizmente caminaría por el mundo!

El Señor Jesús, el Amigo amoroso y compasivo, no es visto por el ojo natural, pero la fe dice: Descanso en esa palabra: “He aquí, yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo” [era] (Mt. 28:20). Y así el corazón se alegra por la creencia de un Salvador vivo, amoroso y todopoderoso presente.

El Señor Jesús aún no ha tomado su poder para sí mismo de manera manifiesta. Todavía no reina manifiestamente, pero la fe espera el cumplimiento de todo lo que se dice del regreso del Señor Jesús; y por lo tanto, aunque todavía no estamos realmente con Él en el trono, reinando con Él, creemos que Él vendrá de nuevo, y nos consolamos, mientras, todavía en el conflicto, en la pobreza, la mezquindad y el sufrimiento, por las preciosas declaraciones hechas en las Sagradas Escrituras con respecto al tiempo de su aparición; y así caminamos en paz y gozo, aunque todavía no vemos su gloria con el ojo natural.

Ahora estamos en un cuerpo de humillación, que a menudo es débil, sí, a veces en dolor y sufrimiento. La manifestación de los hijos de Dios aún no ha tenido lugar, todavía no estamos en nuestro cuerpo glorioso, un cuerpo como el que el Señor Jesús ha tenido desde su resurrección, pero tenemos la promesa de tal cuerpo glorificado; esto se nos revela en las Sagradas Escrituras, y por lo tanto, aunque todavía no lo poseemos realmente, tenemos que aferrarnos a la promesa de Dios al respecto, y caminar en la fe de esta promesa: así nuestro corazón se sustentará bajo la debilidad presente, el dolor y sufrimiento.

Tenemos la promesa de una herencia “incorruptible, incontaminada e inmarcesible”, pero aún no hemos entrado en posesión de esa herencia. Somos pobres, mezquinos, sin posesión alguna, tal vez, hasta donde alcanza la vista se refiere; tenemos, por lo tanto, que ejercer fe en esta promesa, aferrarnos a ella, tratar de penetrar en ella, para que podamos estar llenos de paz y gozo en el Espíritu Santo.

Las Sagradas Escrituras nos hablan de Satanás siendo atado, sí, magullado bajo nuestros pies; pero esto aún no ha tenido lugar; todavía estamos en la guerra, experimentamos constantemente su poder todavía; tenemos, por lo tanto, para nuestro consuelo que aferrarnos a la bendición prometida a este respecto, y así nuestros corazones serán alegrados y consolados.

Y así, en cuanto a todas las innumerables promesas que a Dios le ha placido hacer, en cualquier tiempo son aplicables a nuestra posición y circunstancias, tanto con respecto a las cosas temporales como espirituales, tenemos que ejercer la fe en ellas; y el consuelo, el apoyo y la bendición destinados por ellas a nuestros corazones serán disfrutados por nosotros. Por ejemplo, la promesa en Mateo 7:7-11: “Pedid, y se os dará; buscad y hallaréis; llamad, y se os abrirá; porque todo el que pide, recibe; y el que busca, halla; y al que llama, se le abre. ¿O qué hombre hay de vosotros, que si su hijo le pide pan, le dará una piedra? ¿O si le pide un pez, le dará una serpiente? Pues si vosotros, siendo malos, sabéis dar buenas dádivas a vuestros hijos, ¿cuánto más vuestro Padre que está en los cielos dará buenas cosas a los que le pidan?”. Si creemos que será tal como dijo el Señor Jesús, ¡con qué fervor, perseverancia, fe expectante, nos entregaremos a la oración! Aunque la respuesta se demore mucho, aunque, en cuanto a la vista, la respuesta a nuestras oraciones nunca se pueda recibir; sin embargo, ya que creemos, andamos por fe, continuaremos esperando una respuesta a nuestras oraciones, tan ciertamente como nuestras peticiones están de acuerdo con la mente de Dios, se hacen en el nombre del Señor Jesús, y ejercemos fe en el poder y voluntad de Dios para ayudarnos.

Nuevamente, el testimonio de Dios el Espíritu Santo, en Romanos 8:28, es: “Y sabemos que a los que aman a Dios, todas las cosas les ayudan a bien, esto es, a los que conforme a su propósito son llamados”. Ahora bien, si nos aferramos a Él por la fe, traemos a Él con fe nuestras mayores pruebas, dificultades, aflicciones, duelos, etc., nuestros corazones serán consolados, obtendremos paz para nuestras almas. He sido creyente en el Señor Jesús durante cuarenta y cuatro años, pero invariablemente he descubierto que mis mayores pruebas han resultado ser mis mayores bendiciones; han obrado para mi bien. Pero supongamos que no vimos que esto es así, mientras aún estábamos en el cuerpo; no obstante tenemos que ejercer fe en cuanto a lo que Dios dice, tenemos que caminar por fe

con respecto a esa palabra suya de “que a los que aman a Dios, todas las cosas les ayudan a bien”, y entonces el corazón será consolado y sostenido. Hace tres años, Dios permitió que me sobrevinieran dos pruebas muy duras. Continuaron mes tras mes. Me dije a mí mismo: “Esto también ayuda para mi bien”; y continué día tras día, mientras duraron las aflicciones, dando a conocer mis peticiones a Dios, para que a Él le agradara misericordiosamente sostenerme bajo ellas, y, en su propio tiempo, librarme de ellas. Había colgado en mi dormitorio en un marco un texto: “Abre bien tu boca, y yo la llenaré” (Salmo 81:10), sobre el cual mis ojos se posaron cuando me levanté por la mañana; y mi corazón dijo a mi Padre celestial: “Abro bien mi boca; ¿te agradecerá hacer conforme a tu palabras y la llenarás?”. Continué pacientemente, creyendo, esperando, buscando la ayuda de Dios, y Él me libró de estas dos aflicciones más pesadas, y así lo conocí más. Todo esto lo digo para el consuelo y el ánimo de mis hermanos y hermanas más jóvenes en Cristo. Entonces, la próxima vez que estés en prueba, ¿tratarás de recordar esto para tu comodidad? Es posible que no puedas ver cómo tal o cual prueba dura puede obrar para tu bien; pero lo hará con toda seguridad, como Dios ha dicho. Y si aun en esta vida no lo veis, lo haréis en el mundo venidero; pero generalmente lo vemos ya en esta vida.

La razón por la cual los hijos de Dios se ven abrumados con tanta frecuencia por las dificultades y las pruebas es que intentan llevar su carga ellos mismos, en lugar de echarla sobre Dios, como Él no solo les permite hacer en su gracia, sino que les ordena que lo hagan; y por tanto pierden la promesa que va unida al mandamiento; no se hallan sostenidos. “Echa sobre Jehová tu carga, y Él te sustentará” (Salmo 4:22). Esto no significa simplemente que debemos orar a Dios en nuestras pruebas y aflicciones, sino que debemos ejercer fe en el poder y la disposición de Dios para ayudarnos en nuestras pruebas; y por esto sabemos si solo hemos usado palabras en la oración, o si, al orar creyendo, ejerciendo la fe en Dios, le hemos hablado acerca de nuestras pruebas. Si este último fuera el caso, entonces, aunque la prueba aún dure, la carga de la misma se habrá ido, porque se la hemos puesto a Dios para que la lleve por nosotros; pero si no hemos ejercido la fe en Dios, todavía llevaremos la carga nosotros mismos.

Todos estos asuntos son tan profundamente importantes, porque si no caminamos por fe no podemos ser felices en Dios y, por lo tanto, no podemos dar un testimonio de Dios como el que deberíamos dar si fuéramos verdaderamente felices. Nuestros mismos semblantes deben testificar de nuestra paz y gozo en Dios, para que así los inconversos puedan ser incitados a buscar por sí mismos aquello que hace tan felices a los hijos de Dios.

Tenemos, entonces, que creer lo que Dios dice. Tampoco debemos mirar a nuestros sentimientos; ni esperar ayuda de nuestra caída razón natural; ni debemos desanimarnos, aunque todas las apariencias fueran en contra de lo que Dios dice; porque la fe comienza cuando falla la vista. Mientras podamos ver con el ojo natural, y nuestra razón natural caída nos ayude, la fe no es necesaria. Esto es a menudo perdido de vista por los hijos de Dios; y por eso están tan desanimados, porque no caminan por la vista, lo cual nunca fue pensado para ellos mientras aún están en el cuerpo. Entonces, si hay una cosa que necesitamos más que otra, es un aumento de fe, para que podamos dar pasos rectos, pasos más seguros, pasos más firmes; sí, corred con presteza por los caminos del Señor. Por lo tanto, hasta el final de nuestro curso debemos orar: “¡Señor, auméntame la fe!”.

---

[www.george-muller.es](http://www.george-muller.es)

Este sermón se trata de una traducción realizada por [www.george-muller.es](http://www.george-muller.es) del documento original proporcionado por The George Muller Charitable Trust, fundación que sigue el trabajo comenzado por George Müller y que actualmente trabajan en Bristol, concretamente en Ashley Down Road, y que se dedica a promover la educación, el cristianismo evangélico y ayudar a los necesitados. Para más información, puedes visitar su web [www.mullers.org](http://www.mullers.org)